

Prólogo

Jadeas. La herida del costado escuece, duele. «No es nada», te dices. «Un mero rasguño». Otro más. Palpas la herida. Viscosa. Te miras la mano. Roja. Y sigues jadeando. Estas cansado. Han sido muchas las batallas. Y esta es la última. Lo sabes. Podrías volver a los montes, podrías volver a intentarlo. Pero sería inútil.

Hace mucho que dejaste de creer. Pero, ¿qué es lo que te mantiene en pie? Es la inercia. Solo eso. La inercia.

Parece que nieva, pero es verano. Son copos sí, pero copos de ceniza gris que se adhieren a la cara. Ayer había esperanza. Hoy no. ¿La hubo alguna vez? Los flancos se han venido abajo. El centro ya no existe. El enemigo avanza. Todo es muerte, sudor, gritos, barro, mierda, caballos desbocados, hombres huyendo en todas direcciones, cuerpos sin vida tendidos en el suelo arrojados por un charco de su propia sangre. Ahí yace tu causa arrastrada por el fango, moribunda. Sueltas el escudo, pesa demasiado. Te retiras el casco. Te limpias el sudor de la frente y cierras los ojos.

—¿Qué hacemos, señor? —dice una voz joven a tu lado.

Observas al muchacho. Es bisoño, como lo eras tú al alistarte. La pregunta resulta casi enternecedora. Hay fe en ella, la fe juvenil de que la derrota es imposible, de que siempre hay algo que puede hacerse, de que la muerte, la mutilación, la desesperanza, son cosas que les pasan siempre a otros. Y hay fe en los mayores, en la veteranía. Ese muchacho te ha visto luchar, es consciente de lo que eres capaz de hacer con un arma en la mano. Tú ni siquiera sabes su nombre, ni de dónde procede, ni si está enamorado. De pronto quieres saberlo todo de él, quieres tener a mano un buen vino y algo de queso. Y tiempo. Mucho tiempo.

—¿Señor? —repite el muchacho—. ¿Qué hacemos?

El enemigo avanza lenta y firmemente. Sus pisadas hacen tem-

blar la tierra. Observas sus pendones, la pared infranqueable que muestran sus escudos. Tan solo cien pasos te separan de ellos.

—¡Conmigo! —gritas a los pocos leales que están cerca—. ¡Conmigo! —vuelves a aullar.

Acabas de sentenciar a muerte al centenar escaso de hombres que atienden a la llamada. Entre ellos al muchacho. Muchos otros siguen huyendo. Pero ya nada importa. O sí. Podrías haber ordenado que se dispersaran, que abandonasen aquella lucha inútil, que se rindiesen, pero eso te hubiera convertido en un traidor a lo que representas. No puedes dar esa orden. Debes mantenerte desafiante hasta el final por los que cayeron, por los que creyeron, por ti.

Pero hay esperanza más allá de la muerte. En el momento en que la espada enemiga te atravesase, en el momento en el que la vida te abandone, dejarás de ser un hombre y te convertirás en una idea. Una idea que flotará por el éter hasta que halle un alma fecunda en la que incrustarse, otro cuerpo en el que florecer y en el que revivir.

Has perdido. Ya eres, en verdad, un rebelde.

I

Roma Felix

I

La primera vez que vi a Quinto Sertorio yo contaba catorce años. Fue en uno de esos teatros provisionales de madera que, en aquel entonces, se montaban y desmontaban por la ciudad y donde se representaban tragedias y comedias griegas que no interesaban a nadie. A mí, menos aún. El teatro se encontraba prácticamente vacío. La obra, *Prometeo encadenado*, de Esquilo.

Recuerdo que estaba sentado en el banco de madera, a dos pasos del escenario, con los codos sobre las rodillas y los imberbes mofletes entre las manos; con la mirada perdida en las imperfecciones del suelo, resoplando de vez en cuando a modo de protesta y aguardando la inminente tortura que se cernía sobre mí: la de un puñado de idiotas gesticulando sobre una tarima de madera cuyo único propósito en el mundo era aburrirme durante una hora. A mi lado estaba Agatón, mi maestro ateniense, esclavo de mi padre desde hacía tan solo unos días. Por mucho que con el tiempo llegase a quererle como a un abuelo, entonces le despreciaba, por viejo y por griego. Delante del escenario, Agatón hablaba y hablaba sin que yo le prestase la menor atención. Su voz me resultaba irritante. Y es que, si algo aborrecía cuando tenía catorce años, era todo lo griego. Roma estaba infestada de esclavos y comerciantes helenos, producto de las guerras los primeros y de la demanda de baratijas orientales los segundos. Y los jóvenes, orgullosos e inconscientes como es propio de la edad, despreciábamos a aquellas gentes ruidosas que hablaban una jerga incomprensible, que tenían fama de ser retorcidos, tramposos, embusteros y maquinadores. Sin duda —nos dábamos la razón los unos a los otros—, cualquier plebeyo romano de la más baja cuna valía diez veces más que el más prominente de los griegos. Las razones eran variadas; el romano, por naturaleza, era fiel,

valiente, directo, fuerte, testarudo, honrado. Más aún, si Roma había subyugado a Grecia, si había derrotado a los macedonios y a los sirios, era gracias a esas virtudes. Y si esas virtudes eran lo que había hecho grande a Roma seguía, lógicamente, que quienes no eran romanos carecían de ellas. Discutíamos también sobre nuestra «romanidad», sobre quién de nosotros era más romano, sobre cómo el tatarabuelo de mi amigo Sexto había sido un esclavo fenicio y cómo aquello significaba que era un poquito menos romano que los demás. Sexto solía enfadarse.

Todos, sin excepción, soñábamos con revivir las gestas de nuestros ancestros, con empuñar algún día la espada y teñirla de sangre y gloria.

Y teníamos nuestros héroes, por supuesto, tanto entre los vivos como entre los muertos. De aquellos que llevaban tiempo cubiertos por la tierra, el gran Escipión ocupaba un alto puesto en todas nuestras ensoñaciones. También Alejandro el Magno, aunque este último, por ser griego, nos resultaba algo menos carismático. Pero de entre los vivos había un hombre que, para nosotros, era ya una leyenda, la encarnación de lo romano y de todo cuanto queríamos ser: Quinto Sertorio. De él se decía que era un gran orador, que había estudiado leyes, que era un experto combatiente y un consumado jinete. Contaban hazañas extraordinarias: por ejemplo, que con diecisiete años y siendo tribuno en las legiones al mando del procónsul Servilio Cepión, había luchado en la batalla de Arausio —librada el año de mi nacimiento—. En aquella desastrosa batalla contra las tribus germanas, sucumbieron miles de romanos. Se dice que, de ciento veinte mil, solo sobrevivieron diez hombres. Uno de ellos fue Sertorio, quien, en situación desesperada, agotado después de un día entero de lucha, herido y perseguido por una jauría de bárbaros, se lanzó a las fuertes corrientes del Ródano con armadura y escudo y consiguió llegar a la otra orilla con toda su panoplia. También se hablaba sobre el tiempo que pasó entre aquellos mismos bárbaros años más tarde, haciéndose pasar por uno de ellos, aprendiendo su lengua, descubriendo sus intenciones. Gracias a él y a la información obtenida, Cayo Mario había sido capaz de derrotar a cimbrios y teutones en *Aquae Sextiae*. Más tarde Sertorio luchó en *Vercellae*. Y qué decir de su primer período en Hispania, como tribuno a las órdenes de Tito Didio; allí había

sido condecorado con la corona gramínea, el más alto de los honores, pues había sido concedida en contadas ocasiones a lo largo de la historia de Roma a quienes habían salvado ejércitos enteros. Se contaba que, durante aquel período en Hispania, también había conseguido tomar una ciudad vistiéndolo a sus hombres al modo de los indígenas. Y se hablaba de su impecable servicio como legado en las guerras que en ese momento se libraban en Italia contra los antiguos aliados de Roma, y de cómo, en una reñida batalla, había perdido un ojo. Sí, Quinto Sertorio era entonces una leyenda que respiraba y andaba.

Siempre he afirmado que aquella tarde en el teatro cambió mi vida. Creo que no será difícil entender por qué. Absorto como estaba, rumiando mis desgracias y lamentando mi suerte, de pronto me di cuenta de que las charlas a mi alrededor iban muriendo y convirtiéndose en cuchicheos. Aún no había actores en el escenario y, de hecho, casi nunca las charlas se detenían cuando comenzaba una función, así que la razón de aquel súbito silencio no podía deberse a nada que estuviese sucediendo en el escenario, sino a algo que estaba ocurriendo a mis espaldas. Despegué las manos de los mofletes, volví la cabeza y, para mi sorpresa, ahí estaba él con tres acompañantes, buscando un lugar donde acomodarse. Cada uno de ellos traía un cojín consigo, señal inequívoca de que, cuando sus obligaciones militares lo permitían, disfrutaban de tales espectáculos. Vestían cómodamente, una simple túnica militar, y traían una bota de vino. Parecían satisfechos. De repente, él señaló con el dedo el espacio que había junto a nosotros, justo frente al escenario. Sus acompañantes asintieron. Fueron momentos extraños. Mis ojos se abrieron como los de una lechuza. A medida que los tres hombres descendían las improvisadas escaleras hacia nosotros, me sentí nervioso. Mi corazón comenzó a palpitar desbocado, se me secó la garganta. Empecé a temblar. Era él. Sertorio, el sabino, alto y corpulento, de pelo claro, con cierto aire de galo salvo por el hecho de que no lucía ni barba ni bigote, tuerto del ojo izquierdo y con una cicatriz en forma de rayo que decoraba su muslo derecho, impronta de una espada germana.

Agatón seguía hablando ajeno a todo. Sí recuerdo, no obstante, la última frase de aquella diarrea verbal que se había apoderado del viejo: «... y por eso Tales de Mileto consideraba que todo

cuanto nos rodea proviene del agua. Sí, mi querido muchacho, todo». Y la recuerdo porque, en ese momento, el mismísimo Quinto Sertorio estaba ante mí preguntándome si me importaba que él y sus amigos ocupasen los asientos que había a mi izquierda. ¡A mí! ¡A un insignificante gusano! ¿Mi respuesta? Un bobalición asentimiento. El sabino y sus acompañantes tomaron asiento y entonces Sertorio saludó a Agatón en griego, lo hizo sonriendo, asintiendo levemente, con respeto. Agatón devolvió el saludo en los mismos términos.

—¿Lo ves, Lucio? —dijo Sertorio dirigiéndose a uno de los suyos—. Aún hay esperanza para Roma.

—¿Qué quieres decir?

—Mira a este muchacho, Lucio, en la flor de la vida, fuerte, buen romano y con inquietudes. Este es el tipo de juventud que necesita la ciudad. No todo es blandir una espada.

Tras esa frase, me palmeó la espalda y rio complacido. Como si mi mera presencia allí le hubiese dado la razón ante sus compañeros de alguna discusión reciente. Entonces entraron en escena cuatro actores gesticulando, miraban pausadamente a derecha e izquierda, daban largas y lentas zancadas. Dos de ellos vestían de mujer y llevaban máscaras grotescas, a estos dos les seguía un hombre ataviado con un bulto que representaba una desproporcionada joroba. Al andar, el jorobado provocaba una cojera demasiado exagerada. Tras él, encadenado, un actor corpulento que parecía un cautivo y se lamentaba. Agatón acercó los labios a mi oreja y me cuchicheó al oído: «Aquellos vestidos de mujer representan la Fuerza y la Violencia, el jorobado es Hefesto, vuestro Vulcano, y el cautivo es Prometeo, el titán amigo de los mortales. Fue él quien les robó el fuego a los dioses para dárselo a los mortales, y por eso fue castigado por Zeus, vuestro Júpiter». Habló la Fuerza:

«Hemos llegado a esta remota región de la tierra, a este desierto sin seres humanos. Hefesto, debes cumplir las órdenes de tu padre y encadenar a estas rocas al bandido con grilletes irrompibles. Pues tu flor, el fulgor del fuego, útil a todas las artes tras robarlo se lo entregó a los mortales. Preciso es que por este delito pague su pena y aprenda a tolerar el poder absoluto de Zeus y poner fin a su tendencia de favorecer a los hombres».

¿Es necesario decir que no pestañeé durante toda la representación? No moví un músculo. Al principio procuré parecer interesado. Quinto Sertorio había visto en mí algo que yo no era. Y, sin embargo, el mero hecho de que me creyese especial espoleó en mí las ganas de convertirme en lo que él había creído ver. No tardé en sentirme genuinamente interesado por la obra. Hablaban los personajes, Fuerza le insistía a Hefesto que clavase duramente a Prometeo a aquel suelo yermo, Hefesto, temeroso de Zeus pero entristecido, lo hacía, y Prometeo se lamentaba. Cantó el coro:

«Lo estoy viendo, Prometeo, y una niebla de lágrimas invade mis ojos al ver cómo tu cuerpo se marchita en esta roca por estas ultrajantes cadenas. Pues unos nuevos timoneles son dueños del Olimpo, y con nuevas leyes Zeus, a su antojo, ejerce el poder y los colosos de antes han desaparecido. [...] Temerario eres tú y sin ceder en absoluto aun en medio de amargos infortunios, sino que, por el contrario, tienes una lengua excesivamente libre. Temo por tu suerte, y me pregunto hasta qué puerto has de arribar como para que veas el fin de estas penas. Pues el hijo de Crono posee un carácter inaccesible y un corazón inflexible».

Y así, escena tras escena, se fue desarrollando la triste historia del Titán que por haber amado a los más débiles, por enfrentarse a los dioses, acabó condenado. Prometeo era un rebelde. Un idealista.

Finalizada la representación, el sabino estalló en aplausos. Yo le imité, por supuesto, así como sus compañeros. Algún otro asistente también aplaudió la obra, pero la mayoría ya había abandonado el teatro en busca de otros entretenimientos. La despedida fue fugaz.

—Es la mejor de Esquilo, ¿no te parece, muchacho?

—Sin duda, señor —Balbucí. Y rogué a los dioses para que Agatón no dijese algo inapropiado, algo como: «¿La segunda vez que vienes al teatro y ya conoces toda la obra de Esquilo?». El viejo no dijo nada. Quinto Sertorio asintió satisfecho.

—Hasta otra —dijo dirigiéndose a mí—. Hasta otra —repitió dirigiéndose a Agatón antes de desaparecer escaleras arriba.

Aquella tarde, al salir del teatro, empecé a ver a mi anciano

maestro de otra forma, como si portase una extraña luz, como si fuese ese Prometeo al que los dioses habían encadenado por llevar la sabiduría a los hombres. Fue como si, de repente, alguien me hubiera retirado una venda de los ojos. Quería saber. Daba igual lo que fuera. Y, sobre todo, quería aprender de memoria la obra que acabábamos de ver. Aún hoy puedo recitar pasajes enteros sin pensar siquiera.

—¿Por qué decías que Tales de Mileto consideraba que todo proviene del agua? —le pregunté a mi maestro camino ya de casa, al tiempo que esquivaba un charco de inmundicia. El anciano pareció sorprenderse.

—Vaya, muchacho. ¡Por fin una pregunta! —dijo sonriendo—. Verás, Tales decía...

Los dioses son caprichosos y sus señales confusas. *Prometeo encadenado* era la obra de teatro predilecta de Quinto Sertorio. Años después me sorprendería comprobar cuán proféticas resultaron ser las palabras de Esquilo para su vida, esfuerzos y desgracias.

II

Días antes, mi padre, dueño de una lavandería y un endeble edificio de viviendas, llegaba a casa con Agatón. Acababa de comprarlo. Jamás podré agradecerle lo suficiente a aquel hombre bueno, honrado y trabajador que me hiciese tal regalo. Al principio, como es lógico, me horroricé solo de pensar que tendría que pasar mi valioso tiempo con aquel «saco de mierda reseca» —quede claro que esta expresión no fue de acuñación propia, fueron las primeras palabras de mi madre al verlo—. Pensé que era algún tipo de retorcido castigo por algo que había hecho.

Es cierto que no era raro que mi padre, también de nombre Cneo, al igual que mi abuelo, trajese de vez en cuando a algún por-diosero andrajoso a casa, le diese de comer y le entregase algunas monedas. El hombre solía decir que si todos pusiésemos un poco de nuestra parte, el mundo sería un lugar mejor. Esta forma de ser enervaba a mi madre. Ella veía las cosas de manera diferente. Ya se pagaban suficientes impuestos, decía, ¿y para qué? Precisamente, para ocuparse de esa gente. Ya se encargaba el Senado de repartir grano para todos esos malnacidos que no habían doblado la espalda en su vida y que, encima, de vez en cuando, alborotaban la ciudad con sus insensateces. «Trabajar —decía mi madre—. Eso es lo que tienen que hacer, para eso tienen dos manos». Mi padre solía pedirle que se calmase, y mi madre siempre acababa rompiendo alguna vasija como muestra de frustración.

Pero Agatón no era un mendigo que fuese a comer caliente una noche y al día siguiente fuese desaparecer de nuestras vidas. Mi padre había salido por la mañana con los ahorros de cinco años de trabajo y con la idea de comprar, al menos, tres o cuatro fornidos esclavos galos o germanos que pudiesen servir en las pesadas tareas de la lavandería. Y, sin embargo, acababa de comprar un es-

clavo griego, viejo y barbudo. Mi madre, como es lógico, montó en cólera. Y en aquel estallido vislumbré la luz de mi salvación. Eso sí, mi padre nunca perdía la calma.

—Cneo Placidio Mutio —rugió mi madre—. ¿Acaso has perdido el juicio? ¿Cómo va a ayudarme ese saco de mierda reseca? ¡Ni siquiera es capaz de levantar las sandalias del suelo! —se acercó al anciano y le tocó los brazos—. ¡Huesos, Cneo! ¡Has comprado un saco de huesos que no sirve ni para hacer caldo! —Agatón ni se inmutó—. Y podría morirse en cualquier momento. Míralo.

—Cálmate, mujer. No es para la lavandería.

—¿Ah, no?! ¡¿Y entonces para qué?!

—Es para el muchacho.

—¿Y cómo, en el nombre de Juno, puede serle de utilidad? ¡Haberle comprado un enano!

—Es para su educación. El tratante me dijo que había servido en casa de los Metelo. Es un sabio, Caria. Sempronio tiene ya muchos alumnos, enseña en las calles, rodeado de ruidos y distracciones, enseña poco y enseña mal.

—Pero es barato. Y bastante caro se me hace ya. Tu hijo no necesita saber más que a qué precio pagar la orina y cuánto cobrar.

—Cálmate, mujer. Piensa en los vecinos.

Mi madre cerró los ojos y respiró hondo. Adoptó su habitual gesto de resignación y prosiguió.

—Muy bien, Cneo. Pero mañana me gustaría que volvieses al mercado y comprases, si no tres o cuatro, al menos un par de esclavos que puedan echar una mano.

—Me temo que eso no va a ser posible.

—¿Qué?

—Verás, Agatón ha costado bastante dinero.

—¿Cuánto es bastante, Cneo?

—Bastante es... —mi padre dudó un instante— todo. —Por primera vez en su vida mi madre callaba, incrédula—. Y eso que el tratante me hizo una sustancial rebaja...

—¡Cneo Placidio Mutio! ¡¿Qué demonio se ha apoderado de ti?! ¡Devuélvelo!

—Imposible, Caria.

—¡Devuélvelo!

—No. No pienso hacerlo.

—¿Has visto mis manos, Cneo? ¿Las has visto? ¡Agrietadas, rotas, encallecidas!

—No voy a devolverlo, Caria.

—¡Mi padre tenía razón! ¡Quién me mandaría a mí casarme contigo! ¡Es un buen hombre, le decía yo, un buen hombre! ¡Y me ama! ¿Y sabes qué me decía él? ¿Lo sabes?

—Sí, Caria, lo sé.

—¡Que la bondad es prima de la estupidez y que la estupidez ahuyenta el dinero!

—Sí, Caria. Pero no lo voy a devolver. El muchacho necesita hacer acopio de cosas que nadie le pueda quitar. Te prometo que de aquí a un par de años tendrás tus esclavos. Así que cálmate, bebe un buen vaso de vino y vuelve a tus quehaceres.

A pesar de las turbulencias políticas que vivía la ciudad, he de admitir que fueron años felices, como lo son los de cualquier joven que tiene sus necesidades cubiertas y cree conocer, pero no conoce, el mundo. «La duda, querido muchacho, es la madre de la sabiduría. Solo los ignorantes tienen certezas», solía decir Agatón.

—¿Cómo va a ser eso? —protesté la primera vez que le oí decirlo. Así de absurda me pareció su afirmación.

Al griego le gustaba pasear. Decía que la mejor forma de aprender era andando, observando y charlando.

—Bueno, nadie puede estar seguro de nada porque nada es, todo deviene.

—No te entiendo.

—Todo está en constante cambio. Tú, por ejemplo. ¿Eres el mismo ahora que hace un año?

—No. He crecido.

—No me refería a eso, pero puede valer. ¿Y eres el mismo que ayer?

—Eso sí.

—Entonces ¿cuándo creciste? ¿Fue una noche hace un año sin darte cuenta?

—No, diría que ha sido poco a poco.

—¿Mes a mes? ¿Día a día? ¿Hora a hora?

—No lo sé.

—¿Dudas, muchacho?

—Claro.

—Bien. Ese es un buen comienzo. Ilustraré lo que quiero decirte con un ejemplo. Quiero que imagines lo siguiente. Un barco recién construido sale de puerto y viaja desde Ostia hasta Atenas. El barco es nuevo y le ponen un nombre. ¿Qué nombre quieres ponerle a nuestro barco?

—*Roma*.

—Muy bien. —El anciano sonrió ante mi nada imaginativa respuesta—. En su primer viaje sufre una tempestad y hay que cambiarle los mástiles. ¿Sigue siendo el mismo barco?

—Claro.

—En su segundo viaje encalla y hay que reparar gran parte del casco. ¿Sigue siendo el mismo barco?

—Sí —respondí dubitativo.

—Treinta viajes después el barco ha sufrido tal cantidad de reparaciones que nada queda de los materiales originales. La tripulación ha cambiado a lo largo de los años, tampoco es la original. Ni el capitán siquiera. Ni el propietario. Y, sin embargo, al ver el barco llegar a puerto, la gente lo reconoce inmediatamente como el *Roma*. Y la tripulación dice servir en el *Roma*. ¿Es el mismo barco, muchacho?

—No.

—Pero siguen llamándolo *Roma*. Y los cambios han tenido lugar poco a poco, a lo largo de los años.

—Sí, sí, es el mismo barco.

—Pero no queda nada del original.

—Entonces no lo es. —Dudé un momento—. Bueno, lo es, pero no lo es. —Esperé. Agatón callaba. Como si esa conversación hubiera acabado—. ¿Entonces? —insistí intrigado—. ¿Es o no es el mismo barco?

—Eso ya tienes que valorarlo tú, Cneo. Yo no puedo darte una respuesta, cada cual tiene la suya. Mi única labor es sembrar la duda.

A nuestros paseos diarios pronto se sumó Sexto. Mi padre y su padre eran buenos amigos, solían compartir charla y vino y, además, era un excelente carpintero. Sexto solía esperarnos en la puerta de atrás. Por allí se accedía a la lavandería y se atendía a la clientela. A mi madre le caía bien Sexto, aunque eso no supuso ningún impedimento a la hora de sugerirle a mi padre que debería cobrarle a su amigo por el uso que hacía su hijo del esclavo, del saco de mierda reseca. No se sorprendió cuando mi padre se negó en redondo. Y, por supuesto, volvió a montar en cólera.